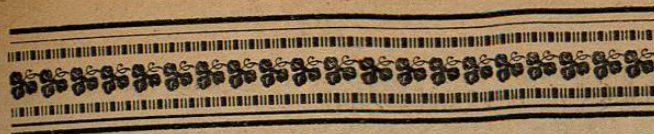


locuaz, nace para la vida. . . . muere cuántas veces para la madre!

—Sí—decía el orador enjugándose el sudor y dirigiéndose a un comensal medio dormido, . . . —es la verdad, señor, a esta edad comienza la lucha, la lucha del cariño de una mujer, la madre. . . . contra todos los hombres. . . . es decir, contra todos los peligros. Yo. . . (acariciándose la calva) diera algo, algo por ser niño (muy enternecido) ¡qué bella edad! ¡por nada se preocupan uno! . . . pero. . . . ¿no toma usted jaletina?



REMORDIMIENTOS

Había esperado con ansiedad la representación de aquella pieza, sabía que el estreno iba a ser magnífico, persiguiéronme los compases de aquella bellísima romanza, tan tierna que, según la opinión de los inteligentes, era el fuerte de la *Crispi*. . . . Iban Lucía y Juana, me lo habían asegurado, pero ya en la calle me entró un fastidio tal, que desistí. . . . ¡Tan lejos que quedaba el teatro! ¡Y luego, la noche tan incapaz! ¡A qué iba? A enlodarme. . . .

Algo, algo que yo atribuía a nerviosidad bullía en mi interior. Trozos de escena, fragmentos de conversación, un perfume que no sabía de dónde venía. . . . ¿de mis manos? No, de un azahar que colgaba marchito del ojal de mi jaquet. . . . Estaba acalorado. . . . y sin abrir el paraguas, presa de una inquietud jamás sentida, con una necesidad de entregarme a la locomoción, me aventuré por calles casi oscuras,

hundiéndome en los charcos y sintiendo los finísimos dardos de una lluvia tenaz. . . .

¿Por qué deseaba encontrar a un amigo? ¿Por qué tan pronto quería volver sobre mis pasos para hacer lo contrario después? ¿Por qué recitaba en voz baja, como un loco, trozos de versos sentimentales?

Era muy tarde. Recuerdo que indeciso, no sabiendo si ir a mi casa o lanzarme a un café, me detuve a ver la hora bajo un foco eléctrico.

La luz intensa e intermitente prendía una cornisa de chispas en los edificios empapados, arrancaba relámpagos a los charcos estremecidos por los círculos concéntricos de las gotas al caer. . . . Y hacía más oscura aquella lobreguez de las calles lejanas en las que ardía como una estrella mustia un farol de suburbio en lontananza o la linterna de un gendarme en un crucero. . . . Así estuve mucho tiempo sin que la lluvia me preocupase, hundido en el lodo y contemplando mi ridícula sombra, larguísima, en el empedrado. Abatíanse ebrias de claridad las cucarachas, un grupo de canes trasnochadores husmeaba en el arroyo, a lo lejos golpeaban una puerta, retardado tren pasaba más lejos todavía y desembocó en la calle silenciosa, con gran ruido, un coche gris y viejo, de empañadas linternas, el cochero somnoliento, viéndose que no quería ocuparlo, lanzó un silbido a los cansados animales y les largó un latigazo. . . . y perdióse el vehículo tambaleándose al doblar una esquina. . . .

El alcohol, indudablemente el alcohol tenía la culpa. Pero ¡si no estaba borracho! . . . Si andaba derecho, la prueba es que como por angosto puente atravesaba las piedras de la orilla de la banquetta sin perder el equilibrio.

Me acordaba perfectamente de todo, no tartamudeaba al hablar, mis facultades estaban íntegras y para convencerme de ello me propuse interiormente

mil cuestiones, como por ejemplo, ¿como decía el primer verso del Arte Poética? y lo repetía exactamente de memoria. . . . No tenía sed, no me dolía la cabeza, irritado, era natural, ¡hacía tal calor en la sala! Estaba algo ronco, pero ¿no había salido sin abrigarme al aire frío? No, no estaba ebrio, y con la necedad de un ídem procuraba convencerme a mí mismo de que aquel extraño estado patológico, aquella inquietud, no era producida ni por el champagne, del que sólo había tomado una copa, ni por el cognac, del que, ¿cuántas copas había tomado? Vamos a ver: cuando llegué, una que me ofreció Cristina, después del schotisch, otra con Eulalia. . . . En el comedor no quise beber más que un vaso de agua de Seltz, por cierto que me lo dió Eulalia también. . . . Y cuando estaba platicando con Olimpia. . . . eso sí, con Olimpia tomé otra y después no me acuerdo: en resumen, tres de cognac y una de champagne, son cuatro. ¡Y cuatro copas no se suben, ni que tuviera uno cabeza tan débil! Sudaba como un africano, pero ya lo he dicho, eso era efecto del calor de la sala: había como ochenta luces. . . .

Había estado muy contento. . . . ¡Quién había de decir que yo, yo el tímido Tomás me había atrevido no sólo a platicar con las muchachas, sino hasta bailar! Por cierto que eché a perder los lanceros. ¡Con razón, no los sabía!

Dije no sé qué necedad a una persona desconocida. . . . ¡Me había puesto en ridículo! Y una oleada de sangre, un golpe de esa vergüenza que, si puede decirse, congestiona, me ponía fuera de mí y murmuraba: soy un bárbaro. . . .

Hablé sin parar, fuí de aquí para allá, quise meterme a chancista, me vieron una dhuela atroz y Olimpia, ¿qué opinión tan triste se formaría de mí? No sabía qué responderle, no me ocurría qué platicarle, y ella ha de haber dicho: ¡este es un animal! Me ale-

gro. Eso tiene uno por meterse a hombre de sociedad sin estudios preparatorios. Debía haber hecho lo que hago siempre: irme a la otra pieza, platicar con las personas formales y si me invitaban a bailar, decir que estaba enfermo de un pie. Pero no, me la quise echar de bailarín y atrevido. . . . He visto que las Emulsiones se reían detrás del abanico y Pepe, al pasar, me dijo: ¡Mírate qué bailarador estás! ¡Pero de qué modo me lo dijo! Eso me hizo perder, no los estribos, sino el paso, pisé a mi compañera, y después nos quedamos con el brazo en el aire dizque esperando el comienzo del compás para entrar, pero ni para adelante ni para atrás. Después de tentativas inútiles, eché la culpa al número de las parejas.

—No se puede bailar con tanta gente. . . . ¡Tanta gente! ¡Vaya una frase comedida!

—No, no se puede—me respondió la infeliz que iba de mi brazo, y a la que tomé el partido de pasear por la sala, y luego que concluyó la pieza tuve el poco tino de excusarme. . . .

—Usted ha de dispensar. . . .

—No hay de qué.

Si se me hubiera subido, vaya, pero no, no se me había iubido. . . . Me alegré un poco, pero eso siempre pasa. . . . Por otra parte, a mí la mágica me altera los nervios, los perfumes me causan semejante efecto y si a esto se une la luz, el baile, el alcohol y. . . . Olimpia. . . . ¡Qué mujer, Dios mío, qué mujer! . . .

Me detuve de nuevo para encender un cigarro, y resultó que había perdido los cerillos. . . . que parecieron en la bolsa del chaleco. . . . Estuve inconveniente algunos momentos, como, por ejemplo, cuando se le cayó el azahar a Olimpia, lo recogí y tuvo que dejármelo. ¡Qué había de hacer! De buena se pasó con no llamarme al orden.

De veras que soy desgraciado. Cuando más me empeño en quedar bien con una gente, más la echo

a perder, pero yo no tengo la culpa, se me va el sentido común a los talones, no sé lo que hablo, y sufro, sufro no pudiendo traducir a frases esa admiración, esa ternura en que rebosa mi alma cuando estoy al lado de una mujer que quiero. De ahí que sólo la mire, la siga, la fastidie, sin decir una palabra, o precisamente hablándole de lo contrario. . . . ¿No es esto una desgracia? ¡Esperar con ansia un día, estudiar hasta las cosas de que hemos de tratar, hacerse minuciosa toilette, llegar temblando, saludarla fingiendo calma, tenerla junto y apoderarse de uno no sólo una invencible timidez, sino algo peor, ¡un embrutecimiento a toda prueba! ¡No es esto triste?

Invadióme la melancolía, consideréme bajo todas las fases del martirio, y caí en la cuenta de que era hora de volver a mi casa. ¡Cuán triste me iba a parecer la soledad de aquella pobre pieza, cuando pensara en aquella luz, en aquella alegría, en aquel entusiasmo de baile!

Y yo, el pobre dependiente, el oscuro soñador, sentía una inmensa amargura de mi insignificancia. Sentía que se abría ya en mi interior una flor de oro: ¡su cariño! ¡De oro!

En el negro fondo de la mina trabaja un mundo de seres oscuros que arrancan a la grieta su tesoro. Sufren, caen abatidos, pululan, golpean para arrancarle al monolito una vena de metal. ¡Quién dijera al ver la joya que deslumbra, ¡cuántas existencias, cuántos trabajos, cuántas miserias representa! ¡Flor de oro! y lo era aquel amor que alguna vez había de nacer hijo de sueños irrealizables, de tristezas nunca confesadas, de indefinibles anhelos. Oscuros mineros que trabajaban en silencio para modelar un ídolo. . . .

Indudablemente estaba enfermo. Al pasar por una calle, me causó impresión profunda el ver dos enamorados, que entrelazados los dedos y muy juntos los rostros, platicaban en una ventana! . . . ¡Yo no

sabía qué era eso! ¡Qué había de saber!

Si ella me llegase a querer, si ella me comprendiera, si ella... pero apenas la evocaba, sentía una de esas penas que se unen al ridículo y que no tienen remedio...

Luego que me hubieron abierto en mi casa, y deposité en la mano de la medio dormida fámula una moneda, atravesé de puntillas el corredor, todos dormían... ¡qué silencio!

Me desvestí sin hacer ruido, quitéme el azahar del ojal para encerrarlo entre las hojas de un Alfredo de Musset, mi poeta favorito... Soplé la luz... Los ratones reanudaron su tarea, royendo la pata de una mesa... No podía dormir, daba vueltas y los moscos parecían burlarse de mí... Entablóse una lucha, hacíame el dormido, los dejaba que se pararan en la frente y ¡zas! al sentirlos aplastados, gozaba la fruición de la venganza... No, no era embriaguez, porque no podía olvidar a Olimpia, y recordaba con punzante dolor aquella confidencia de una amiga:

— Tiene novio y lo quiere mucho... Además aquel azahar junto a las estancias "A Ninón", ¿qué significaba para mí que nunca, nunca había gurdado flores?



REMINISCENCIAS

A Octavio Barreda

A los lados del terraplén, banda gris que se destaca en el verde amarillento de los pastos, se ve el ir y venir de manchas claras: son las muchachas del pueblo, vestidas de percal y con el rebozo atado al talle, que caminan al azar mientras llega la noche. Se distingue a lo lejos, como una estrella verde, la linterna de un vagón: es el viaje en que regresan los varones para entregarse al reposo de las noches tristes en el campo.

A esa hora todo languidece, se van desvaneciendo los mandones purpurados de los cielos, fondo cambiante que recorta, surgiendo de una masa de frondas negras, un arbolillo distante, un tronco esbelto, erguido, casi una línea, en cuyo extremo se balancea un penacho en forma de plumero. Siempre que pien-

so en ese pueblecillo de veraneo, evoco ese detalle. Poco a poco puntillean las luces en las lejanías, una puerta de jacal, una luminaria alegre, un horno de ladrillos, van costelando las sombras que se dilatan, lejanos ladridos de perros, rebuznos de asnos que vuelven del trabajo, perdido chirriar de carretas que desaparecen entre los árboles, y el ángelus sonoro, imprimen al cuadro un sello de serenidad melancólica.

Nada entonces más bello que el surgir de la luna, emerge de montes atezados, en su disco de áurea claridad se destacan, como en una fantasía japonesa, las ramas secas y acodadas de los árboles muertos, se hunde en las negruras de un nubarrón, sigue elevándose lentamente y tiñe de amarillo un celaje transparente, un bellón vagabundo, y después, sola y serena, desde el pálido cobalto de los cielos derrama una luz azulosa, indecisa, entonces, la melancolía, una poética, una inmensa melancolía se dilata. Los trajes claros de las muchachas albean a lo lejos, adquieren no sé qué tono de poema las risas femeninas, el dialogar de los caminantes, las pisadas del caballo fatigado, el desfile lento de las vacadas retardadas, en tanto que de los tulares se escapa el matraqueo monótono de las ranas, y de los pastos la canción trémula de los grillos. Las luciérnagas trazan su madeja luminosa al volar, y lejos se oye el repique de cascabeles de los trenes, al lado opuesto, un silbido largo de ferrocarril, una cauda de chispas y la rápida aparición de una hilera de vagones que se pierde en una curva.

La luz lunar crece poco a poco. . . . Azulean los caseríos, espejean los charcos, se encienden los pulidos rieles de la vía y en lo alto de un poste de telégrafo tiembla como estrella un reflejo en el cristal del aislador.

¡Cuántos crepúsculos he pasado ahí para distraer

mi fastidio! Amo esa calzada batida por los vientos, vago por el llano, camino lentamente siguiendo a los indios que por grupos entran al pueblo: la mujer con el muchacho que canta con la cabeza caída y oscilante a la espalda, el marido con la canasta vacía de flores en el hombro, hablan en voz alta y rien de todo, saludan al pasar y los envidio: envidio su cansancio, envidio su sueño animal, su carencia de aspiraciones, su conformidad para no pedir más que comer y dormir.

En la estación el bullicio crece. Rojas luminarias flamean ante los puestos, descalzos vendedores esperan al borde de la vía la llegada de los trenes para ofrecer ramilletes de flores que se han muerto, empolvados pasteles o dulces secos. Los perros retozan, al frente, en correcta hilera, inmóviles y cabizbajas, las mulas de relevo esperan su turno de trabajo, en un tenducho cercano tocan la vihuela y cantan, en las bancas que se alinean bajo un cobertizo, las familias que veranean dialogan entre risas, dormitan los desocupados y se fastidia la mayor parte.

Las calles son angostas y en declive, con un caño en medio, a flor de tierra, las banquetas, para una persona, y colgando de podridas cuerdas, a largos trechos, los faroles de trementina agonizantes. Pero nada más cómodo para los soliloquios como esas callejuelas tranquilas, húmedas, silenciosas, la hierba surge de las juntas del empedrado, de las grietas de los paredones, se desparraman de las tapias colgantes enredaderas, incensarios que sueltan el aroma de amor de la madre selva, la pura emanación de las rosas blancas que en el negror del follaje asoman como grumos de nieve.

Ni un alma transita por ahí. Tras las vidrieras se adivinan mobiliarios humildes, se filtra la luz por las juntas de las puertas, los perros ladran tras los zaguas, y sólo de cuando en cuando un gendarme

que no tiene a quien cuidar, hace la ronda y se toca el kepís maltrecho para dar las buenas noches al primero que encuentra, y acaba por regresar a la plaza; dejar su linterna en un portalillo y entrar a la tienda vivamente iluminada, que arroja bocanadas de luz roja al empedrado; ahí se reúnen los desvelados, juegan ajedrez sobre el mostrador, se sientan en tercios de semillas, beben tequila, y un charro de poncho verde y carmesí, cuida desde el interior a un cabaño tordillo y dormido de pie, cuyo cabresto arrastra hasta el dintel de la puerta; flacos perros husmean, infelices, sin casa, se acurrucan contra la pared, y de cuando en cuando, como un contraste de esa monotonía rural, suena en no sé qué finca cercana, una tempestad de arpegios y de escalas arrancadas al piano.

Hay calles en que la sombra es profunda y se anda a tientas; en ellas cuchichea la corriente del caño, ocultos insectos silban, parece que ahí el olor de las flores es más penetrante; se escapa por las grietas la elegía casta de las violetas, el madrigal de las rosas, el verso acre de los huele de noche y de los floripondios; que también, aunque parezca decadente, hay formas poéticas en los olores.

¡Cuántas veces, solo, al acaso, he compuesto serenatas, he pensado cuentos cortos, he desarrollado novelitas hablando conmigo mismo! Amo ese pueblo, amo sus callejas, evoco entre sus jardines un episodio sencillo, pero tierno, de un Mayo que pasó hace mucho tiempo y no ha de volver.

Paréceme que, como aquella tarde, la llevo de mi brazo, siento la tersura de su epidermis rosando por casualidad mi mano; oigo el crujir de su falda, la miro saltar los charcos, apoyarse en mí cuando el declive de la calle es brusco; me parece que siento su aliento, el discreto jadeo de su fatiga; se detiene, respira; seguimos adelante, lentamente; admiro sus ojos;

resuena su risa deshecha en notas de juventud y buen humor, fresca, graciosa, sincera, hablando de poesía, de amor, de esperanzas.

Recuerdo cómo esa vez sorprendí en su palabra, en su gesto, en su mirada, una mujer que no conocía, cómo me interesó, cómo me pareció más bella que otras veces y cómo la compañera de bailes y murmuraciones se convertía para mí en algo menos frívolo, en algo tiernamente querido: era que ya el ensueño la envolvía. ¡Hacía mucho tiempo que viejos recuerdos, escenas breves de salón, palabras olvidadas de conversaciones ligeras, entusiasmos de baile, alegrías pasajeras, todo ese mundo de matices había crecido poco a poco para fundirse y formar como un crepúsculo de afecto? No lo sé, ¡quizá! ¡La invasión de la enfermedad moral, amor, es a veces tan rápida, a veces tan lenta, tan insensible!

Había en su locuacidad un desbordamiento extraño, casi incoherente, de puerilidades y de anhelos de mujer apasionada; entonces sus ojos, espléndidos ojos de hebrea, me parecían fascinadores; su voz sugestiva, su andar más cadencioso, y mis palabras no eran naturales, me sentía conturbado, analizaba sus frases más insignificantes, y la charla me hacía mal, sentía una inclinación vehemente a las confidencias, y fué cuando ese eterno tema de la juventud, el amor, comenzó a discutirse. Era casi de noche: un último rayo amarillo en el ocaso se desvanecía, las flores de su seno olían más, la presión de su brazo me inspiraba violentos deseos de decírselo todo, y con voz enronquecida y muy queda—casi tenía que tocar sus sienes con mis labios para que la oyera—le recité versos, versos casi olvidados, palabras de colores románticos, que no eran más que el disfraz en que mi alma se escondía para decirle: te quiero.

Se abandonaba a mí, le inspiraba confianza, se estremecía al influjo de los sueños rimados, se entu-

siasmaba con una idea, y, aún lo recuerdo, le repetí varias veces una estrofa feliz para que la aprendiera de memoria; ese solo hecho me denunció la verdad: ella, o amaba o estaba en vísperas de amar. . . . Luego yo llegaba tarde. . . . y sin preámbulo caí en un mutismo inexplicable; ella no encontraba razón para que yo pasara tan pronto de la alegría a la tristeza, ni yo tampoco quise dársela. Nada más desconsolador que llamar a un corazón de mujer y que responda la voz masculina de un huésped.

Como aquello no tuvo desenlace, vago por las callejuelas que me la recuerdan, y con la fantasía me finjo lo que no sucedió: sueño que llego a su ventana, ¡qué hermoso ha de ser un diálogo en ese rincón perdido del paraíso! A veces imagino que hacemos excursiones lejanas, que es conmigo la compañera cariñosa y buena; a veces, que existe entre nosotros un odio a muerte, que nos separan abismos, que se ha casado, que es infeliz, que yo la salvo de peligros, que piensa en mí, y pone término a la inútil cavilación la campana que anuncia la llegada del tren. ¿Qué habrá sido de ella? ¿Sospechará siquiera esa niña mimada de la fortuna que la amé aquella tarde? ¿No adivinaría en mi palidez, en mi acento, en mis arrebatos, en mi tristeza, nada de lo que yo pensaba? ¿Volveremos a encontrarnos? No será ahí, quizá en un palco de ópera, quizá en un baile, quizá en un paseo, y la veré pasar como una beldad, pero no como la amiga que me hizo tan dulce y tan amargo aquel mes de primavera. . . . Es, a pesar de todo, la más sincera de mis aventuras de corazón. . . . y llego al andén, subo al carro casi vacío, tiritando de frío, y, el tren en marcha, vuelvo los ojos al caserío que duerme ya. . . . me alejo con tristeza, pareceme que dejo algo. ¡Desvarío arrullado por la trepidación, siguiendo con los ojos el danzar de las chispas que se azotan como lluvia roja en los vidrios, y pienso

en la prosa de la vida. . . . en que es tarde, en que tengo que emborronar un artículo para la imprenta, y repaso los recuerdos: un idilio corto, tornado en lo que es esto, en una indiscreción para el periódico!